



LA MALDICIÓN
DE LOS VISIGODOS

María José Carrasco Campuzano

LA MALDICIÓN
DE LOS VISIGODOS



Primera edición: marzo de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María José Carrasco Campuzano

ISBN: 978-84-19151-80-3

ISBN digital: 978-84-19151-81-0

Depósito legal: M8651-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A los que luchan por defender la verdad, la justicia,
la libertad y terminan siendo perdedores*

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
CAPÍTULO I. LA MALDICIÓN DE LOS VISIGODOS	13
CAPÍTULO II. DE ATAULFO A EGICA.....	23
CAPÍTULO III. PELAYO Y EGILO	97
CAPÍTULO IV. LOS CHINDASVINTOS	151
CAPÍTULO V. MUERTE DE WITIZA. RODRIGO REY	185
CAPÍTULO VI. AKILA Y ARDOBASTO EN EL NORTE DE ÁFRICA	217
CAPÍTULO VII. EMPIEZA EL DESEMBARCO MUSULMÁN. GUADALETE.....	251
CAPÍTULO VIII. LOS JUDÍOS.....	289
CAPÍTULO IX. ABD AL-AZIZ Y EGILO	301
CAPÍTULO X. EN TIERRAS DEL NORTE	319

PRÓLOGO

¿Existió realmente una maldición de los visigodos? Todo parece indicar que sí. Desde que llegaron a la Península, siguiendo con su tradición atávica, se caracterizaron por estar siempre inmersos en continuas intrigas para conseguir el poder, lo que derivó en odios irreconciliables e interminables luchas fratricidas sembrando de sangre y dolor todos los rincones del reino. Los desastres y las rebeliones que se sucedían por doquier crearon un fatalismo y un clima de terror espantoso que les llevó a convivir diariamente con la muerte. No escucharon a sus dioses y sucumbieron ante su destino, sin ser conscientes de que su sistema monárquico, al ser de tipo electivo, provocaba intrigas y asesinatos para conseguir la corona, así como una corrupción sistemática de la que no se libraba nadie, ni siquiera la Iglesia. Innumerables reyes cayeron asesinados y las venganzas se sucedieron de manera imparable llevándoles a una serie de desastres y a la creencia de que sufrían un destino maldito como castigo de los dioses por su crueldad. Los oligarcas fueron capaces de cometer los crímenes más viles y execrables, instigando traiciones que finalmente les hicieron sucumbir a ellos mismos en esta vorágine de deslealtades e infamias.

Desde tiempos ancestrales, debido a esta perversión fratricida, los visigodos fueron propiciando su propia decadencia, especialmente durante el reinado de Witiza. Tras su muerte, estallaría una grave crisis sucesoria y una cruenta guerra civil en la que Rodrigo sería elegido como rey, frente al hijo de Witiza, Akila, que este había designado como su sucesor. Para muchos, Rodrigo era un

advenedizo y el trono tenía que ostentarlo el hijo de Witiza, mientras que otros defendían el sistema electivo por el que había sido elegido Rodrigo. Akila no se resignaba a perder el trono y desató una gran ofensiva contra el rey, aunque finalmente fue derrotado y tuvo que huir a sus tierras del norte. Sin embargo, tras otros nuevos ataques en los que fue nuevamente derrotado y viéndose impotente para vencer a Rodrigo, pidió ayuda a Muza, gobernador de Ifriquiya en el norte de África, para que le ayudara con sus guerreros a luchar contra Rodrigo, a cambio de un suculento botín. Los musulmanes accedieron rápidamente a ayudar a Akila en su empresa y, tras arduas negociaciones, cruzaron el Estrecho para reforzar su ejército, pero lo que Akila no sabía era que Muza, tras invadir la Península, no pensaba retirarse, sino que su intención era conquistarla e integrarla dentro del califato, como así ocurrió. Los witizianos no supieron ver el alcance de su deslealtad contra Rodrigo y acabaron siendo víctimas de sus propias intrigas. Dieron por sentado que los musulmanes, tras derrotar a Rodrigo, regresarían a África y que Akila sería de nuevo el rey de los visigodos, pero, tras desembarcar en Gibraltar, los entonces aliados se convirtieron en enemigos, persiguiéndolos, esclavizándolos, matándolos y borrando todo rastro de la cultura visigoda.

Los personajes que vivieron estos acontecimientos fueron juguetes en manos del destino porque no pudieron o no supieron luchar contra su fatal desenlace. No midieron el alcance de sus actos y, en lugar de conseguir la corona, pasaron a estar sometidos a los musulmanes, incluso esclavizados o asesinados. Las vidas de Witiza, Fáfila, doña Luz, Pelayo, Egilo, Rodrigo, los chindasvintos, Muza, Tarik, Abd al-Aziz y muchos otros quedaron en manos de la providencia, entrecruzándose sus desgracias y destruyendo sus deseos y esperanzas. Todos estaban predestinados a perecer, engullidos por la vorágine de sucesos que en estos años sembraron de destrucción y muerte toda la Península.

CAPÍTULO I.

LA MALDICIÓN DE LOS VISIGODOS

En los años comprendidos entre el reinado de Witiza y la subida al trono de Rodrigo, los visigodos vivieron una etapa caótica de luchas fratricidas, sin ser conscientes de que se estaba fraguando su final. Creían que estos enfrentamientos eran tan solo un episodio más de las continuas y tradicionales rivalidades para llevar a cabo su sed de venganza y tener un futuro lleno de riqueza y poder. El pueblo sufría las consecuencias de estas cruentas luchas y de la corrupción, con hambrunas, epidemias y crueles represiones, en especial los judíos y los hispanorromanos.

Las pocas crónicas escritas, como las de san Isidoro, que contaban todas estas desgracias e historias, seguían siendo ignoradas por la mayor parte del pueblo. Es por ello que Haroldo, cuyo linaje se había establecido en Cartagena desde hacía varias generaciones, se decidió a continuar estas crónicas para que tanto su linaje como el resto de visigodos conocieran su pasado, intentando evitar que los gobernantes cometieran los mismos errores que sus predecesores, así como dar a conocer a sus hijos el relato de acontecimientos de su vida, sin riquezas ni comodidades, a pesar de estar emparentado con la nobleza.

Haroldo, hasta que murió el rey Ervigio, había llevado una vida tranquila, feliz y despreocupada por su holgada posición económica, pero cuando subió al trono Egica, emprendió una fuerte represión contra los partidarios de Ervigio, por lo que fueron represaliados

y reducidos casi a la esclavitud, mientras todos sus bienes eran confiscados. Haroldo, sumido en la pobreza desde la muerte de Ervigio, tenía que trabajar duramente para sacar adelante a Elvira, su mujer, y a sus cinco hijos, sufriendo tanta tristeza y angustia que a veces padecía fuertes ataques de ira por verse en esta situación. Se sentía víctima de una gran injusticia y, como no podía rebelarse ante ello, decidió recabar hasta los más mínimos detalles de la historia familiar para que se fuera transmitiendo de padres a hijos y que se conociera toda la verdad, ya que el pueblo que olvida su historia pierde su identidad y sus valores y está condenado a perecer. Durante años, estuvo escribiendo en secreto la crónica familiar con el fin de dársela a leer en el momento oportuno a sus hijos. Cuando murió Witiza, pensó esperanzado que había llegado el momento de contarles la verdadera historia sobre su pasado, ya que, al pertenecer al linaje de Rodrigo, recientemente elegido como nuevo monarca, la fortuna les volvía a sonreír, pero no sospechaba que les acechaba la mayor catástrofe nunca ocurrida a su pueblo a manos de un invasor. Los hijos de Witiza, al ser derrotados por Rodrigo y sin suficientes fuerzas para poder vencerlo, pidieron ayuda a los musulmanes, pero una vez en tierras visigodas, lejos de retirarse, invadieron toda la Península y sometieron bajo su dominio a toda la población, lo que llevó nuevamente a que Haroldo y su familia quedaran reducidos a meros siervos, estando obligados a pagar onerosos impuestos y a rendir pleitesía al califa de Damasco. Sus sueños y aspiraciones se habían vuelto a desvanecer y nuevamente la maldición de los godos se cernía sobre ellos.

Tras la invasión musulmana, Haroldo decidió reunir a sus hijos alrededor de la mesa del salón principal para confesarles sus verdaderos orígenes y los secretos de su linaje, que, hasta entonces, había mantenido celosamente ocultos.

Haroldo: —Hijos míos, vosotros debéis ser garantes de nuestros antepasados y la memoria viva de los visigodos, procurando transmitirla a vuestros descendientes, para que ellos, a su vez, también entiendan cómo se fueron desarrollando los

acontecimientos y las causas de haber quedado sometidos a los musulmanes. Para poneros en antecedentes, comenzaré por contaros que mis padres gozaron de una desahogada posición económica y que yo disfruté de una infancia feliz y sin privaciones, hasta que, inesperadamente, la desgracia cayó sobre nuestro linaje que quedó en la pobreza más absoluta.

Muchas veces había oído a mi padre, cuando estaba desanimado y preocupado, repetir sin cesar dando vueltas alrededor de la mesa: «Dios mío ¿cómo hemos llegado a esta situación?, ¿cómo hemos llegado a esta situación?», mientras se lamentaba amargamente. Yo no sabía por qué siempre decía lo mismo, ni qué había pasado para que acabase en este estado de desesperación, pues siempre había sido un hombre cabal y no estaba ni mucho menos loco. Un día que estaba especialmente angustiado, le pregunté la causa de su desazón y este me respondió contándome una larga y triste historia. Comenzó remontándose a muchas generaciones atrás con detalles que al principio no me interesaron, pero cuando mi padre empezó a desarrollar toda la historia, me acució la curiosidad y sentí la necesidad de saber más sobre mis orígenes. Mi padre me explicó la causa de nuestras desgracias y mi perplejidad fue mayúscula cuando supe que nuestro linaje estaba emparentado con la más alta nobleza del reino y que nuestros antepasados disfrutaban de derechos de cobro de tributos y ciertos privilegios. Tenían derecho a numerosas prebendas por poseer importantes títulos de nobleza, tales como las de pertenecer a la corte, poder reunirse con el rey y otros nobles, participar en las decisiones de gobierno o ser miembros del Aula Regia. Todo esto lo había conseguido nuestra familia a lo largo de los siglos, gracias a que nuestro linaje contribuyó durante muchos años al engrandecimiento del reino visigodo. Me contó que mi tatarabuelo participó en la elaboración de importantes legislaciones y que mi abuelo estuvo a punto de ser rey, aunque al ser derrotado por las luchas intestinas, su bando fue perseguido y nuestro linaje quedó proscrito. Logró salvarse de ser asesinado, pero se le confiscaron todos sus bienes, quedando

en la más absoluta indigencia. En cambio, la rama de la familia que permaneció en tierras francas mantiene grandes riquezas y honores, ejerciendo gran influencia dentro de los círculos de poder, mientras que nosotros, por la destrucción del reino visigodo, estamos obligados a pagar tributos a los invasores. Es muy injusto lo que nos ha pasado.

Clodomiro, uno de los hijos de Haroldo, al oír todo este relato no salía de su asombro. Nunca se había imaginado que podía descender de la más alta nobleza visigoda, pues su padre había tenido cuidado en mantenerlos apartados e ignorantes de toda esta situación para protegerlos.

Haroldo:—A tu abuelo no le perdonaron nunca que se enfrentara con el rey, por lo que fue perseguido y desterrado, y ahora, con la invasión musulmana, hemos sido doblemente derrotados, lo que me lleva a estar lleno de odio, rabia e indignación, pues muchos días no tenemos ni qué comer. Hijos míos, tenía muchas esperanzas puestas en vosotros, especialmente en ti, Clodomiro, por ser el mayor. Estuve intentando ser perdonado y que nos admitieran otra vez en la corte para ascender socialmente y recuperar el puesto que, por herencia y linaje, nos pertenecía. La suerte parecía que nos sonreía cuando, al morir Witiza, a pesar de que dejó el trono a su hijo Akila, fue Rodrigo el que se proclamó rey y como nuestro linaje pertenecía a su bando, parecía que la situación podía arreglarse y que, por fin, podíamos recuperar nuestros antiguos privilegios, pero por la estupidez y la traición de unos pocos todo se ha truncado al posibilitar que un pueblo extranjero nos invadiera y acabara con el reino visigodo, haciéndonos siervos a todos.

Clodomiro permanecía en silencio mientras asentía con la cabeza, al ser consciente de cómo los vencedores borran de la historia a los perdedores y, tras el paso del tiempo, nadie se acuerda de sus pasados agravios. La indigencia en la que habían quedado, la iniquidad con la que se les había tratado, no le interesaba a nadie y con los años todo había quedado olvidado, como si fuera una situación legítima a pesar de que les habían arrebatado por la fuerza

todos sus bienes. Clodomiro sintió súbitamente una gran curiosidad por saber más de la historia de su pasado y empezó a dejar volar su mente para imaginar cómo podría haber sido el palacio del rey que nunca había visitado o los nobles a los que tan solo había podido ver fugazmente con sus elegantes ropajes cuando pasaban cerca de su casa al galope, aunque sus aristocráticos orígenes ahora no les servían de nada, pues la invasión musulmana hacía imposible recuperar la perdida posición dentro de la nobleza.

Haroldo: —Me siento muy orgulloso de estar emparentado directamente con san Isidoro de Sevilla, pues su padre era del mismo origen que el nuestro cuando vivía en Cartagena, aunque, por causas que no he podido saber, se trasladaron a Sevilla antes de que él naciera y por eso creció y se educó allí. Cuando se trasladaron, ya había nacido su hermano mayor Leandro, que llegó a obispo y se ocupó de instruirle. Las verdaderas causas de su traslado no las podría decir, quizás para huir de los bizantinos o por otras causas, pero, en cualquier caso, el germen de san Isidoro está en Cartagena. Era primo de tu tatarabuelo porque sus padres eran hermanos y a mí me enorgullece más tener un antepasado sabio que todas las riquezas del mundo. Pero, además, tu madre descende directamente del linaje de Leovigildo, aunque, tras casarse conmigo y estar mi familia proscrita, sus padres la desheredaron y renegaron de ella. Creíamos que con el tiempo todo se olvidaría y que volveríamos a disfrutar de los privilegios que nos correspondían, sobre todo por parte de la familia de tu madre, pero no fue así y, tras la invasión islámica, ya nada importa, pues el reino visigodo ha sido aniquilado y todos hemos quedado bajo su dominio. A ti, Clodomiro, queríamos haberte procurado una buena formación y legarte una cierta fortuna como primogénito, pero todo se ha ido al traste y ahora hay que adaptarse a las circunstancias. Mi vida ya se está acabando y no tengo esperanzas de que la situación revierta y cambie para nosotros; tampoco me quedan más fuerzas para luchar, pues es mucho lo que he padecido toda la vida. A partir de ahora, tendréis que sobrevivir por vuestros

propios medios, sin ninguna ayuda ni influencia, y esto me llena de dolor, ya que esta no era la vida que esperaba daros, pero las circunstancias me han superado. En las montañas del norte, se ha refugiado mucha de nuestra población para ser hombres libres y si os convertís en buenos guerreros, que por herencia y linaje creo que habéis heredado, podríais conquistar tierras y ganar riquezas. Aquí, aunque os paséis la vida trabajando, nunca tendréis lo suficiente para comer y esa será la única vida que legaréis a vuestros hijos. Si huís al norte, al menos tendréis alguna posibilidad de mejorar como hombres libres, lo cual no deja de ser una empresa peligrosa y arriesgada en la que tendréis muchas posibilidades de encontrar la muerte o ser hechos prisioneros.

Clodomiro, tras oír a su padre, se sintió inmerso en una vorágine de emociones por el impacto que le produjo conocer toda esta historia. En una tarde había pasado de tener una existencia plácida y sin complicaciones a ser consciente de todas las posibilidades que se podían haber abierto ante él para mejorar su vida si no hubiera cambiado el rumbo de los acontecimientos con la invasión musulmana. Quedó paralizado por la acumulación e intensidad de toda esta información y su cabeza se bloqueó al ser incapaz de asimilarlo todo a la vez. Pensaba en lo diferente que hubiera sido tener riquezas, palacios, sirvientes y grandes propiedades que por derecho les debían haber pertenecido, mientras era consciente de su triste realidad al verse vestido con ropas raídas, sucias y malolientes. En cuestión de un escaso intervalo de tiempo, había pasado de ser un pobre campesino a descender de la misma monarquía para, a continuación, volverse a desvanecer sus ilusiones y seguir relegado a la pobreza, aunque al menos haber conocido su rancio abuelo le procuraba un cierto orgullo.

Haroldo: —Aunque descendamos del linaje real, si no le doy de comer todos los días a los animales, ni me parto la espalda arando la tierra y cultivando el grano, nadie lo hace por nosotros y no tendríamos qué comer ¡Esa es la dura realidad! He tenido que olvidar mis orígenes y adaptarme a la fuerza de las circunstancias.

Mi salud empieza a flaquear y no tenemos ningún otro sustento, por lo que tú, Clodomiro, no vas a tener más opción que ocupar mi lugar. Me rebela pensar que os vais a pasar toda vuestra vida trabajando de sol a sol para poder subsistir y que vais a tener que dar parte de este duro e ingrato trabajo a los musulmanes como tributo, aunque tampoco contemplo que os convirtáis al islam. No sé qué hacer ni cómo salir de este pozo tan hondo en el que las circunstancias y nuestros inútiles gobernantes nos han metido tan injustamente.

Seguidamente, Haroldo le entregó a Clodomiro un montón de documentos y legajos que tenía guardados en un desvencijado cofre, poniéndolos encima de la mesa para que los leyera, y le advirtió de que tuviera mucho cuidado con ellos, pues eran los únicos textos que habían quedado de la quema de libros arrianos tras la conversión al cristianismo de Recaredo. Haroldo los había ordenado, clasificado y conservado como un preciado tesoro. En ellos, estaban recogidos secretos ancestrales que daban sentido a nuestra existencia. Me advirtió que, en su lectura, debía tener en cuenta que algunos párrafos eran más literarios que reales y que debía saber interpretarlos dentro del contexto, para no llegar a conclusiones históricas incorrectas y falsas.

Clodomiro: —Comencé a leer ávidamente aquel manuscrito pensando que debía enfrentarme con la verdad fuese la que fuese, pero a la vez sentía un cierto miedo y temor por lo que pudieran contener estas crónicas. Tuve la tentación de ignorarlos para seguir instalado en una posición cómoda que no me provocara problemas de identidad, pues pensé que, tras su lectura, iba a seguir siendo igual de pobre y no quería amargarme pensando en lo que podía haber sido mi vida si las circunstancias hubieran sido otras. Pero, tras un breve titubeo, consideré que debía saberlo todo, hasta el más mínimo detalle, para poder elegir libremente mi destino, por lo que abrí cuidadosa y lentamente estos textos que mi padre había titulado, al igual que san Isidoro, como *Crónica Gotorum*. En ellos, san Isidoro recogía los sucesos acaecidos desde que los visigodos

se asentaron en la Península como aliados de Roma hasta finales del siglo VI. En ellos, san Isidoro hablaba de la maldición de los godos como un mal que había penetrado en su pueblo, no por el demonio, sino como un invento de los hombres. Pensaba que el mismo ser humano había creado este mal, eliminando de la conciencia de los visigodos el bien e introduciendo el pecado en sus espíritus, lo que les hacía matar, robar y destruir lo que de bueno tenía el individuo, haciéndoles caer en la iniquidad, el pecado, la avaricia, la crueldad y la herejía incluso sin saberlo. Una antigua leyenda ya narraba los sucesos acaecidos por los que el pueblo visigodo se había convertido en maldito. El historiador romano Tácito hablaba de ella, por lo que pudo ser conocida posteriormente por san Isidoro, y en ella se decía que, originariamente, los visigodos procedían de las tribus de los amalos y de los baltos, pero que sus luchas por el poder les llevaban a estar siempre en continua rivalidad. Año tras año, se destruían entre ellos con continuos ataques fratricidas y cuando el jefe tribal de los amalos consiguió aniquilar a los baltos, creyó que era un ser todopoderoso, casi sobrenatural, por lo que, cegado por la ambición, osó desobedecer a los dioses e intentó usurpar su lugar. Los dioses, encolerizados, fueron implacables con su tribu, que fue borrada de la faz de la Tierra, quedando solo la tribu de los baltos, aunque los dioses los convertirían en un pueblo maldito para toda la eternidad, pero, a pesar de este castigo, no aprendieron y las luchas por el poder continuaron sin cesar. Las maquinaciones e infamias entre bandos rivales acumularon tantos odios irreconciliables que no fueron conscientes de que matando a sus rivales se estaban destruyendo poco a poco a ellos mismos y cuando se dieron cuenta, ya era demasiado tarde.

San Isidoro, como gran sabio visionario, fue capaz de detectar muchas señales que anunciaban este final, pero nadie hizo caso de ellas. En sus escritos afirmaba que: «Ni por la naturaleza del suelo, ni por la raza, ni por el carácter, parecíamos destinados a formar una gran nación. Sin unidad de clima y producciones, sin unidad de costumbres, sin unidad de culto, sin unidad de ritos,

sin unidad de familia, sin conciencia de nuestra hermandad ni sentimiento de nación, sucumbimos ante nuestras luchas intestinas tribu a tribu, ciudad a ciudad, hombre a hombre, lidiando cada cual heroicamente por su cuenta, pero mostrándose impasible ante la ruina de la ciudad limítrofe o más bien regocijándose de ella. Sin un mismo Dios, sin un mismo altar, sin unos mismos sacrificios; sin juzgarse todos hijos del mismo Padre y regenerados por un sacramento común; sin ser visible sobre sus cabezas la protección de lo alto; sin sentirla cada día en su hijos, en su casa, en el circuito de su heredad, en la plaza del municipio nativo; sin creer que este mismo favor del cielo, que vierte el tesoro de la lluvia sobre sus campos, bendice también el lazo jurídico que él establece con sus hermanos y consagra con el óleo de la justicia la potestad que él delega para el bien de la comunidad; y rodea con el cingulo de la fortaleza al guerrero que lidia contra el enemigo de la fe o el invasor extraño, sin todo ello, pereceremos». Pero tanto el rey como los nobles, aunque respetaban y consideraban su sabiduría y sano juicio, eran incapaces de cesar en su ambición por conseguir el poder y vivir en paz entre ellos.

Clodomiro, tras leer estos textos de san Isidoro, entendió por qué, tras el título de *Crónica Gotorum*, su padre había incluido el subtítulo *La maldición de los visigodos*, al estar plagada su historia y su pasado de sangrientos sucesos y asesinatos, incluso entre hijos, padres o hermanos.

La crónica comenzaba con el rey Atanarico, considerado como el primer monarca godo que tuvo relación con las provincias romanas de Hispania en el año 300, aunque otras fuentes señalaban a Turismundo, por ser el fundador del reino visigodo de Tolosa, del que dependía Hispania. Sin embargo, para los propios visigodos, su verdadera historia comenzaba con el reinado de Ataulfo, al ser el primer rey que se establecería definitivamente en Hispania, expulsado de otros territorios y con el que se inauguraría la larga lista de matanzas que desde entonces se sucedieron y que continuaron con Sigerico, Walia, Teodorico, Turismundo,

Teodorico II, Eurico, Alarico II, Gesaleico, Amalarico, Teudis, Teudiselo, Agila, Atanagildo, Liuva, Leovigildo, Recaredo, Liuva II, Witerico, Gundemaro, Sisebuto, Chintila, Tulga, Chindasvinto, Recesvinto, Wamba, Ervigio, Egica, Witiza y, finalmente, Rodrigo. Clodomiro respiró hondo ante la ardua tarea de ir leyendo la interminable lista de los reyes visigodos y todas sus tropelías, aunque pensó que, de esta manera, podría conocer unos hechos pasados que no debían caer en el olvido y que le ayudarían a construir mejor su identidad. Dispuesto a ello, Clodomiro abrió la primera página de la crónica, que comenzaba con la historia de los visigodos a su llegada a Hispania y continuaba con los primeros reyes: Ataulfo y Sigerico.